

EL SIGUIENTE relato de un oficial de la Legión Británica que participó en las batallas del Pantano de Vargas y de Boyacá fue publicado originalmente en el décimo capítulo del primer volumen de la obra titulada *Recollections of a service of three years during the War-of-extirmination in the republics of Venezuela and Colombia. By an officer of the Colombian Navy*, publicada en el Londres de 1828 por la casa editorial de Hunt and Clarke. Esta traducción española se debe a Freddy Quitian Fino, bibliotecólogo al servicio del Archivo General de la Nación.



Cuando viniendo de Guaduas nos aproximamos, llegando desde el occidente de la gran sabana, la ciudad de Santa Fe de Bogotá presenta un aspecto muy espléndido y romántico. Está edificada en la parte superior de una sabana, a una altura de unos nueve mil pies sobre el nivel del mar, y más allá hay varias montañas que se elevan en una forma semicircular, por lo menos mil pies más arriba. En ella se divisan varios conventos que elevan sus torres hacia el cielo. Presuntamente ocupa una gran extensión de terreno, y esta circunstancia tiende a hacerla más saludable que las ciudades más alejadas de la Nueva Granada. Su altura extrema, y las bellezas naturales que la rodean, conspiran para formar una amena escena, pero solamente igualada por el paisaje. Al desmontar de mi mula para averiguar por el sitio en el que el general Bolívar había instalado su cuartel, pronto descubrí que el más mínimo esfuerzo casi me impedía la respiración normal, con lo cual me vi obligado a detenerme varias veces para recobrar el aliento.

Esta circunstancia provenía de la rarefacción de la atmósfera, producida por la altura a la que fue erigida esta ciudad, y que causa la misma sensación a las personas

que no están acostumbradas a ella, tal como ya lo había experimentado cuando crucé los ramales de la cordillera. Aquí hay dos inviernos y dos veranos en cada año, cada uno con una duración de tres meses, y así el año se divide regularmente así: marzo, abril y mayo componen el primer invierno; septiembre, octubre y noviembre, el segundo.

Cuando entré aún las campanas de las diferentes iglesias tocaban alegremente para darle la bienvenida al “Libertador”, acompañadas por esporádicas descargas de fusilería y artillería. Habiendo llegado a la puerta de la Casa de Gobierno, como era llamada allí, vi a una docena de soldados nativos, medio cubiertos de harapos, sentados y jugando un juego llamado *golpe*. Este juego se realiza lanzando al aire hasta tres piedras planas, marcadas de manera diferente en cada lado; y agrupándose en bandos de apostadores, los contrincantes han de adivinar el lado en el que caerá la piedra. Si aciertan, infligen cierto número de golpes sobre los nudillos de los perdedores con una pequeña palmeta cortada para ese propósito; y si resultan estar equivocados, soportan una infracción similar del otro bando.

Atravesé por entre aquella turba y subí los escalones hasta encontrarme con un sacerdote, quien exigió con arrogancia

Soldado que figuró en Boyacá. Acuarela de José María Espinosa Prieto (1796-1883).

Acuarela sobre papel. Casa Museo Quinta de Bolívar. Reg. 03-021.









Daniel Florencio O'Leary Burke, ca. 1817. Atribuido a Frederick Buck (ca. 1768 - ca. 1869). Miniatura (acuarela/marfil). Colección Museo Nacional de Colombia, reg. 2714. Foto: © Museo Nacional de Colombia / Christian Zitsmann.

saber qué quería. Me negué a hablar con él y proseguí a un gran salón adaptado como un gabinete para el uso de los oficiales que componían el estado mayor de Bolívar. Estaban allí varios oficiales desfilando de arriba abajo en animada conversación y, entre ellos, para mi gusto y sorpresa, mi viejo compañero de aventuras, el capitán Mardyn. Estuvimos encantados por este reencuentro, de encontrarnos sanos y salvos, y después le pedí que me informara cómo podría llegar al presidente, a lo cual me condujo a la habitación donde aquel se encontraba.

En la puerta de la habitación, que estaba medio abierta, encontré dos soldados ingleses en el puesto de centinelas, quienes parecían tener orden de evitar cualquier interrupción de las ocupaciones de su excelencia. Habiéndose retirado el capitán Mardyn, rogué a uno de ellos que me anunciara ante Bolívar como un oficial británico que traía para él despachos del Congreso de Venezuela. Así lo hizo, y regresó con la orden de que entrase inmediatamente.

Entré en la habitación, que era espaciosa, pero desaseada y escasamente provista de muebles. En el fondo estaba sentado en el suelo el coronel O'Leary, en ese entonces uno de los secretarios de su excelencia, con un pequeño escritorio sobre sus rodillas, donde escribía los despachos militares que le dictaba Bolívar, quien, en el otro extremo de la habitación, estaba sentado en el borde de una gran hamaca suramericana colgada del techo. Para evitar la molestia del calor, estaba completamente desnudo y sin algún abrigo de cualquier clase. Se balanceaba en ella a sí mismo con fuerza gracias a una cuerda de coquita, unida a un gancho clavado en la pared opuesta. Así, curiosamente situado, alternaba su dictado a O'Leary con el silbido de una tonada republicana francesa, la cual acompañaba de vez en cuando haciendo chocar, de lado, sus pies.

Al verlo en tal circunstancia y ocupado, estuve a punto de retirarme, imaginándome que el soldado no había entendido la orden que se le había dado, cuando su excelencia me llamó en un muy buen inglés para hacerme entrar, y me pidió que me sentara, si podía encontrar algo en que sentarme, lo cual no fue un asunto fácil, pero mirando alrededor de la habitación observé un viejo baúl, sobre el cual me senté hasta que él se desocupó. Inmediatamente quiso que uno de los soldados me trajera un poco de café y cigarros; y mientras aquel iba por ello, preguntó mi nombre, país y rango en el servicio patriota.

Cuando terminé de responder a sus preguntas, quiso saber si era yo la persona de quien le había hablado el capitán Mardyn, comandante del navío en el cual había arribado recientemente de Margarita. Cuando le respondí afirmativamente, al instante saltó de la hamaca y procedió a abrazarme, según la costumbre del país, estrechándome en sus brazos y besándome en mi mejilla. Tal prueba de cariño no era muy agradable a mi sensibilidad, en especial cuando era ofrecida por una persona en estado de total desnudez,



Gregor MacGregor (ca. 1886) y Santiago R. Fraser (ca. 1880). Óleos atribuidos a Constan-  
cio Franco Vargas (1842-1917) / José  
Eugenio Montoya  
Gallego (1860-  
1922) / Julián  
Rubiano (1855-  
1925). Colección  
Museo Nacional  
de Colombia, regs.  
273 y 271. Fotos:  
©Museo Nacional  
de Colombia /  
Samuel Monsalve  
Parra.

con lo cual lo rechazé de una manera no muy amable, a lo cual él me miró con algo de desagrado, y volvió su rostro hacia su secretario con evidente muestra de asombro. El coronel, que comprendió mis sentimientos de inmediato, le dijo que tal costumbre era extraña para sus compatriotas, y que esperaba, en consecuencia, que perdonase el rechazo poco amable de mi parte. Su excelencia sonrió, y me extendió la mano con un aire de la más cálida cordialidad, señal de condescendencia que reconocí respetuosamente, y regresó a su hamaca para finalizar los despachos, mientras yo fumaba un cigarro.

Cuando terminaron, le expresé al coronel su deseo de que lo dejaran a solas conmigo, y tras su salida me pidió que le entregara los despachos que le traía. Se disculpó cortésmente por leerlos en mi presencia y, después de haberlos examinado, observó: “Por la naturaleza de estos despachos siento que el pueblo de Venezuela me ha dado por perdido, pero de hecho he completado la conquista de todas las provincias de la Nueva Granada, y esto se debe atribuir principalmente a las bravas tropas británicas alistadas por el Mayor Beamish, quien, si hubiera sobrevivido, debería haber sido mi más caro

amigo, también a los que estaban bajo mi mando anteriormente; todos ellos, dirigidos por mi gallardo amigo, el coronel Rooke, desafortunadamente fallecido, y también por mi valioso amigo, el coronel Mackintosh, todos realizaron prodigios de valor”.

Su excelencia me formuló muchas preguntas relacionadas con el gobierno del general Arismendi, así como sobre la primera campaña de la Legión Británica. Le di toda la información que pude sobre este último tema, pero poco pude decirle sobre el primero, ya que el corto tiempo que estuve en Angostura, durante la vicepresidencia de ese general, no me había permitido adquirir la información que Su excelencia necesitaba.

Luego me hizo el honor de dirigir sus preguntas hacia mi persona, y sobre la manera en que había sido empleado desde que ingresé al servicio de la república. Le informé de todo, y expresó su personal desagrado por el tratamiento que yo había recibido del Almirante Brion, alarmado por el disgusto que ello hubiera producido en todos los oficiales británicos. Después me dijo: “Cenaré dentro de una hora, lo espero a usted y su amigo el coronel Mardyn”. Luego me retiré para prepararme, y gasté el tiempo

que faltaba para dar un paseo con mi amigo el Coronel, quien me dio esperanzas de que sí le caía en gracia al presidente, probablemente me ascendería de rango en el servicio.

A la hora señalada, nos dirigimos a la sala de banquetes, que era un largo corredor en la casa de gobierno, en cuyo centro se alzaba una larga mesa oblonga, formada por algunos tablonces de madera recién cortados, bastamente juntados, soportada por caballetes, y sin ningún tipo de mantel. A su alrededor se dispusieron bancas de la misma construcción y material. Los platos eran más sustanciosos que delicados, y peores que los corrientes. La bienvenida que nos dio su excelencia fue, sin duda, de la manera más halagadora y cordial. Me hizo el honor de situarme cerca de él, y con frecuencia se dirigió a mí durante la comida. Fue incansable en sus esfuerzos por demostrar su gratitud a todos los que se habían ofrecido servir voluntariamente a la causa de su país. Una vez retirados los platos, un *brindis general*<sup>1</sup> fue ordenado por su excelencia a la salud del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda; otro para su ejército y otro para su armada.

Me aventuré a preguntar por cuántos de los pobres hombres sacados por Beamish vivían entonces; y él me informó que de los trescientos no quedaban más de veinte, y algunos de ellos habían quedado inválidos, ya fuese por heridas, o por los estragos que en sus constituciones había hecho la severidad del clima y el sufrimiento de sus largas marchas, que en la mayor parte había contribuido a reducir las filas británicas más que las espadas de los españoles. Mencionó su intención de pensionar a los sobrevivientes, junto con algunos otros ingleses que habían servido en la misma campaña, tan pronto como los recursos de la república permitie-

sen tal recompensa. Luego, con su habitual elocuencia fluida, se levantó y nos felicitó al Coronel Mardyn y a mí por la conducta que habíamos observado durante el encuentro, y terminó expresando su complacencia por haber tenido la oportunidad de expresarnos personalmente su agradecimiento. También me presentó la “Orden del Libertador”, la condecoración militar más alta del país, que había sido otorgada previamente a mi amigo Mardyn, con el rango de coronel. Como prenda (como me lo expresó su excelencia) de una más sustancia recompensa, y como testimonio de su propia estima, así mismo me rogó que me invitiese con la “Orden de Bolívar”, originalmente creada por él mismo, y regularmente otorgada a aquellos que se habían distinguido bajo su propio mando inmediato. Para concluir prometió, a petición mía, una comisión para el joven D’Aquila, y un asilo para su desgraciada familia.

El vino corría profusamente y muchos brindis se sucedían, casi todos por propósitos republicanos, y después de que se hubieran bebido varios de ellos, su excelencia se levantó para proponer un brindis por la “memoria de su querido Rooke”, que fue bebido con la mayor señal de respeto que era posible mostrar, cada persona presente se puso de pie, y conservó el más estricto silencio. Otro a la “memoria del mayor Beamish” siguió, con la misma observancia. Después de un tiempo, la fiesta, que era concurrida, se tornó bastante ruidosa y exaltada, y la conversación giró generalmente hacia el tema de la galantería, que en Colombia es demasiado atractivo y, a excepción de las intrigas políticas, ocupa el lugar más imperturbable en los pensamientos de ambos sexos. Todos los nativos, desde el presidente y su íntimo amigo y consejero, el general Santander, hasta el oficial más joven en de su estado mayor, compitieron entre sí para mostrar sus diversos y respectivos logros en esta materia; y si sus afirmaciones pudieran ser creíbles, habrían sido pocas las damas de distinción en este virreinato y en esta capitánía general que

1 Un choque de copas por cada comensal en la mesa y por algún motivo, propuesto por el anfitrión de la fiesta, que en Colombia tiene el privilegio de ordenar muchos brindis, y en tan rápida sucesión como le plazca.

no habían cedido a los poderes fascinantes de estos veteranos al servicio de Cupido.

Bolívar, quien ya estaba afectado por sus copiosas libaciones, se deslizó hacia una conversación solo destacable por su obscuridad; sus modales se tornaron groseros y bulliciosos, y cuando llegó el momento de poner fin a la fiesta, pues ya eran casi las doce en punto de la noche, se levantó para brindar por “la unión del virreinato de la Nueva Granada y de la capitania general de Venezuela bajo un solo gobierno”. Luego estrelló su vaso sobre la mesa con toda la violencia de la que era capaz, y su ejemplo fue seguido por todos los invitados nativos de la fiesta, de suerte que los fragmentos de vidrio volaban en todas las direcciones alrededor de la habitación, tan gruesos como el granizo.<sup>2</sup>

Cuando terminó esta última parte de la ceremonia, todas las personas se retiraron a sus aposentos. Como me sentía muy cansado y aun sufriendo los efectos de mi reciente viaje, regresé ansiosamente a descansar, sabiendo que debía regresar pronto, ya que había recibido órdenes de visitar al presidente temprano en la mañana para recibir sus despachos de respuesta. Me retiré, ciertamente no sin algunos sentimientos de decepción, con respecto a su excelencia, sin duda ocasionados por las entusiastas representaciones que había estado acostumbrado a escuchar entre sus amigos de Venezuela. Para ellos toda acción de su vida, por trivial que fuese —sus modales, su persona, su conversación y todo lo que hizo o dijo— era muy colorida, con lo cual esperaba, naturalmente, encontrarme con una persona muy por encima de la mediocridad general. El general Arismendi me había asegurado que encon-

traría esas cualidades tan poderosamente representadas cuando lo viese, pero atribuí ese concepto a los prejuicios de un hombre acostumbrado a una vida de penurias y privaciones desde su infancia, que tiende a deslumbrarse ante las comodidades de los tiempos fáciles.

En persona, el presidente mide unos cinco pies y siete pulgadas de altura; pero su cuerpo y sus brazos son tan desproporcionados, que en lugar de exigir respeto, tal vez, si se lo ve en la esfera común de la vida doméstica, excitaría más naturalmente irrisión. Su cabeza es extremadamente grande, con una profusión de pelo rizado y muy oscuro; y sus rasgos, que son ásperos y varoniles, quedaban en buena medida ocultos por unos grandes bigotes y patillas. Sus ojos son grandes y oscuros, y cuando mira de frente su mirada es penetrante, pero con la mayor frecuencia mira de reojo a las personas con las que está conversando, o a las personas que lo rodean, y rara vez mira directamente incluso los objetos inanimados, girando la cabeza hacia un lado como una liebre. Desde los hombros hasta la cintura, su cuerpo es bien proporcionado respecto de su altura, pero sus piernas son excesivamente delgadas y mal torneadas, y sus caderas son estrechas; y en la mayoría de las ocasiones, la desigualdad con respecto al resto de su cuerpo se hace más llamativa por el uso de pantalones muy ajustados de color escarlata, profusamente decorados con galones de oro, y grandes botas de dragón que, por supuesto, le quedan a medio llenar.

Su conversación distaba mucho de la que yo estaba preparado para esperar, y su condescendencia y aprobación de bromas obscenas, era inconsistente con la idea que yo me había formado de su carácter. En pocas palabras, todas estas circunstancias hicieron que mi impresión de mi primer encuentro con esta distinguida personalidad resultó en un significativo sentimiento de decepción. \*

<sup>2</sup> Esta es una costumbre común en Colombia, y se mantiene incluso en presencia de las damas, quienes no se retiran de la mesa como en Inglaterra, con lo cual no es raro que suceda que su rostro resulte rozado por los fragmentos rotos de los vasos lanzados por las locas manos de la intoxicación.